

Crisis del papel y consecuencias de la industrialización de la prensa (1902-1931)

Paul Aubert
PILAR

CNRS UMR 6570 Telemme-Université de Provence

La prensa es una industria que depende de factores técnicos y humanos. Necesita capitales, imprentas, papel y periodistas de talento. Evoluciona bajo el peso de la modernización técnica y de la concentración capitalista. No se libra de las consecuencias económicas e ideológicas de la Primera Guerra Mundial – crisis del papel, constitución de monopolios o acción de la propaganda extranjera y de la censura nacional – que son otras tantas trabas a la libertad de expresión.

La modernización de la producción del papel acarrea la lenta transformación del sector a lo largo del siglo XIX. Ésta se traduce por un proceso de concentración sectorial y geográfica. Pero la industria papelera española sigue caracterizándose por la dependencia del extranjero y la baja capitalización. Por consiguiente, los gobiernos recurren al proteccionismo tanto más cuanto que durante mucho tiempo la demanda privada no es capaz de sustituir a la estatal.

Modernización del sector papelero

Los Habsburgos primero, y los Borbones después, intentaron favorecer la fabricación autóctona del papel con medidas de carácter fiscal y arancelario, y luego concediendo facilidades para atraer mano de obra especializada extranjera. Las manufacturas nacionales se desarrollaron gracias al incremento de la demanda estatal (papel de fumar). Pero el sector entró en crisis con la desarticulación del imperio colonial y la quiebra de la Hacienda española,

que redujeron la demanda. Las respuestas a la pérdida de mercados fueron diferentes según el sector, es decir el grado de especialización. Las innovaciones que permitían superar la lentitud de la manufactura tradicional no se adoptaron tan rápidamente como en otros países. Pero con la mecanización de las técnicas pudo modificarse el proceso de elaboración del papel ¹.

La energía hidráulica fue reemplazada por las máquinas de vapor desde mediados de siglo. La incorporación del proceso continuo de fabricación del papel, según el método del francés Louis Robert (1798), en cuyo sector destaca la Papelera Vizcaína, fue lenta; no se generalizó hasta finales del siglo XIX, pero acarreó, junto a la introducción de la máquina picardo o de bombo que había mecanizado la fabricación de las hojas, el declive de los procedimientos tradicionales a partir de la década de los ochenta. La oferta, la demanda y el mercado conocen un amplio proceso de transformación a lo largo del siglo XIX y principios del XX.

Proteccionismo y concentración empresarial

Aunque España seguía dependiendo de las exportaciones del norte de Europa, las mejoras en la composición y la elaboración de las materias primas se acompañaron por una nueva distribución geográfica de la producción. Las primeras fábricas se habían instalado en Sariá de Ter y Villava. En la última década del siglo XIX, el País Vasco se afirmó como principal centro papelero.

El proteccionismo y esta concentración empresarial explican el crecimiento que se comprueba a finales de siglo ². Si en 1840 sólo se fabricaba papel continuo en Manzanares el Real, diez años más tarde se registraban catorce fábricas distribuidas por todo el país: en Madrid, Salamanca, Guadalajara, Burgos, Zaragoza, Teruel, Valladolid, Tarragona, Gerona, Albacete y Guipúzcoa ³. En 1862, tres fábricas madrileñas eran capaces de producir 2.600.000 libras de papel continuo (según la estadística de Jiménez Guted). En 1879, había casi cincuenta en toda España ⁴. Una de las factorías

-
1. Éste dejó de ser un entramado de fibras celulósicas, que en el proceso tradicional se obtenía del trapo vegetal (de lino, cáñamo o algodón), cuando la producción de papel continuo, a principios del siglo XIX, permitió modernizar el sector. La pasta de madera sustituyó el tradicional trapo vegetal de desechos. Ante la escasez y el encarecimiento de los trapos vegetales se inventó a mediados del siglo XIX el desfibrador de madera para la elaboración de la celulosa. A lo largo de las dos décadas siguientes se desarrollaron métodos químicos que permitían disolver las impurezas en la pasta de madera.
 2. M. Gutiérrez i Poch, « Tradición y cambio tecnológico: la industria papelera española, 1750-1936 », in: Jordi Nadal; Jordi Catalán (ed.^s), *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, Madrid, 1994, pág.^s 341-368. Paul Aubert, *Les intellectuels espagnols et la politique (1898-1936)*, Thèse de doctorat d'État, Université Michel de Montaigne-Bordeaux 3, 1995, pág.^s 564-576.
 3. G. Gayoso Carreira, *Historia del papel en España*, vol. I, Lugo, 1994, pág.^s 27-29.
 4. José Rueda Laffond, « La fabricación del libro. La industrialización de las técnicas. Máquinas, papel y encuadernación », in: Jesús Martínez Martín (dir.), *Historia de la edición en España*,

más importante era la factoría La Esperanza, fundada en 1842 en Tolosa por la sociedad Brunet, Tantonat Guardamano y C.^{ía}, que después de varias transformaciones engendró a principios del siglo XX La Papelera Española.

La producción editorial y la periodística multiplican sus tiradas por diez. Aquello no hubiera sido posible sin el progreso técnico, desde la introducción de la prensa Stanhope, capaz de imprimir 300 hojas por hora a principios del siglo XX, hasta la rotativa tipográfica de Hoe, que imprimía 10.000 hojas por hora a finales de los años 1860, y la rotativa Marinoni, que podía imprimir 40.000 ejemplares de un diario al día. Se pasa, en un siglo, de la vieja prensa plana de madera a la gran rotativa de papel continuo, capaz de superar mediante el uso de unos cilindros los 50.000 ejemplares por hora.

En 1892, se inauguraron las fábricas de la Papelera Vizcaína en Arrigorriaga y de la Papelera del Cadagua en Zalla, que eran capaces de producir una docena de toneladas de papel diario. En 1894, Nicolás María de Urgoiti fue nombrado ingeniero-director de la fábrica de Zalla, que contaba en 1900 con cinco máquinas de papel continuo ⁵.

Entre 1856 y 1900 se multiplicó por nueve la producción nacional, resultado impresionante, pero que merece matizarse si se compara con el de los demás países europeos (a mediados del siglo XIX existían 200 máquinas para la fabricación del papel en Francia. Se consumía en este país cinco veces más papel que en España: 4 kg per cápita contra 0,75). La tendencia proteccionista se confirmó con el arancel de 1892. Tuvo como consecuencia la caída de las importaciones de papel de 4.230 toneladas en 1881-1885 a 3.824 en 1886-1890 y a 937 en 1891-1895.

Abaratamiento de los costes de producción

En 1856, los fabricantes de papel se habían quejado ante las Cortes de la competencia ejercida por las importaciones de papel de origen francés o belga. En 1859, España exportaba papel elaborado manualmente por un valor de 4.300.000 reales e importaba papel continuo por valor de 1.000.000 de reales ⁶. El coste de fabricación del papel nacional era mucho más elevado en 1867 que este papel importado (120 reales la resma cuando el belga costaba tan sólo 70). Pero en 1880 las cifras dadas por *El Imparcial* revelan unas diferencias de precio poco significativas. La gran oferta escandinava de pasta hizo bajar los precios (la producción sueca pasó de 620.809 quintales anuales en 1886-1890 a 3.357.100 en 1898). La industria española sacó beneficios de ello. Las fábricas mejoraron su abastecimiento y las más recientes, como la Papelera Vizcaína en Arrigorriaga y la Papelera Vasco-belga en Rentería, aprovecharon más que las anteriores las ventajas del mercado de la pasta sobre

Madrid, Marcial Pons, 2001, pág. 89.

5. G. Gayoso Carreira, *Historia del papel en España*, op. cit, pág.^s 269-273.

6. José Rueda Laffond, op. cit, pág. 91.

el del trapo. La vuelta al proteccionismo borró las dificultades y las tensiones que habían opuesto los productores de papel y las empresas periodísticas y editoriales.

Constitución del mercado

Esta expansión, que favorece la mutación del sector papelero, se explica por el aumento de la demanda de las empresas editoriales y periodísticas a causa del incremento de las tiradas de los libros y periódicos que permite el progreso técnico. El aumento del número de lectores, más lento en España que en otros países de Europa, es sin embargo una evidencia a finales del siglo XIX, aunque el censo ofrece una media de analfabetos que alcanza casi un 70 por 100 de la población (un 60 por 100 en los medios urbanos).

El consumo sigue siendo bajo, en comparación con el de los demás países europeos, pero su incremento es notable. La consecuencia es « una situación anárquica y de cruda y continua guerra entre todos los fabricantes que se disputaban los clientes a fuerza de descuentos, rebajas y concesiones »⁷.

Esta lucha acarrea el cierre de algunas fábricas. Y se estanca la importación de pasta entre 1898 y 1900. El sector papelero resiste manteniendo la diversificación para seguir cubriendo todos los aspectos de la demanda. Pero el hecho de querer producir varias clases de papel impide racionalizar la producción y mantiene unos precios poco competitivos en el mercado internacional.

Creación de La Papelera

La modernización del sector llega con la formación de un *trust*, La Papelera Española, sociedad anónima domiciliada en Bilbao. Esta empresa, creada el 25 de diciembre de 1901 con capitales vascos, nace de la fusión de varias sociedades (Papelera Vizcaína, Papelera del Cadagua, Papelera Vasco-belga, Papelera Navarra, La Guipuzcoana, Laurak-Bat, La Zaragozana, Gosálvez, Saltos El Picazo, La Magdalena y La Aragonesa). La nueva sociedad reúne las dos terceras partes del total de la producción española⁸. Dirigida por Nicolás María de Urgoiti y apoyada por el Banco de Bilbao, compra bosques e importa las máquinas más modernas. La Papelera quería racionalizar la oferta de papel. También buscó la integración vertical del sector extendiendo sus fabricaciones a las pastas, las bayetas para las máquinas continuas o las telas metálicas. Creó, por otra parte, mercados para sus productos tomando participaciones en el capital de periódicos (*El Sol*, creado el 1.º de diciembre de 1917, y *La Voz*) y editoriales (CALPE, fundada el 1.º de abril de 1918)⁹.

7. *Boletín de la Industria y el Comercio del Papel*, n.º II, 1907, pág. 6.

8. Nicolás María de Urgoiti, « Industria y comercio del papel en España », Roma, II Congreso de la Organización Científica del Trabajo, Roma, 1927, pág. 318.

9. J. Gallach Torras, director de la editorial Gallach, da sus fondos de edición y su conocimiento del medio editorial y un amplio terreno situado en la calle Mallorca. Pero la nueva editorial elige

Este grado de concentración aumenta también a medio plazo la vulnerabilidad del sector papelero. La Papelera adquiere una situación de monopolio –con la excepción de *La Vanguardia*, que dispone de su propia fábrica de papel. Durante la Primera Guerra Mundial sus ventas alcanzan 40.000 toneladas al año, es decir las cuatro quintas partes de la producción española del momento. Pero después de esta coyuntura favorable, cuando se reduce el mercado, La Papelera, para colocar su producción de papel, vende a sus propias empresas periodísticas, *El Sol* y *La Voz*, y editoriales, Espasa-Calpe y Gráficas Reunidas.

El proyecto de La Papelera consistía en lograr economías de escala que tendrían como consecuencia la reducción del coste unitario de producción; lo cual acarrearía una baja del precio de venta para incentivar el consumo. Se redujo, en efecto, el precio medio de venta y el coste de producción en unas 14 pesetas por 100 kilos entre 1901 y 1914: pasando el primero de 57,8 pesetas por 100 kilos en 1900 a 43,48 pesetas por 100 kilos en 1914, y el segundo de 55,50 pesetas por 100 kilos en 1902 a 42, 87 pesetas por 100 kilos en 1912 ¹⁰.

Las coyunturas fueron diversas: reestructuración (1902-1910), crecimiento (1911-1913), interferencia de la Guerra Mundial (1914-1921), gran expansión luego (1922-1935). Hasta 1910 continuó la concentración del sector, que provocó la creación, en 1908, de la Federación de Fabricantes de Papel Continuo. El crecimiento experimentado a lo largo de los años siguientes se debe en parte a la construcción de una nueva planta en Rentería, que había sido dotada con los medios técnicos más avanzados (podía producir 25 a 30 toneladas diarias de papel y 30 a 40 de pasta mecánica seca) ¹¹. Pero el mercado ya no era capaz de absorber este incremento de la producción.

Cartelización e intervención del Estado

La solución que se encontró fue la cartelización. Urgoiti quiso controlar un sector (desde el abastecimiento de materias primas hasta sus transformados, es decir desde la filial papelera hasta la editorial y la librería) pero sólo confiscó un mercado estrecho que intentó en vano dinamizar. Lo que provocó la reacción de las empresas y la intervención del Estado ¹².

domicilio en Madrid y mantiene una importante sucursal en Barcelona. Luego crea delegación en Buenos Aires, en 1923, y en Santiago de Chile, en 1924. Esta estrategia comercial no es mi objeto de estudio y remito para ello al trabajo de Philippe Castellano, *Enclopedia Espasa. Historia de una aventura editorial*, Madrid, Espasa, 2000.

10. Jordi Catalán, « La industria papelera: 1750-1936 », in: J. Nadal; J. Catalán, (ed.º), *La cara oculta de la industrialización española. La modernización de los sectores no líderes (siglos XIX y XX)*, op. cit., pág. 363.

11. *Boletín de la Industria y el Comercio del papel*, Madrid, 15-I-1913, pág. 26.

12. Véase Jean-Michel Desvois, « L'industrie papetière et le prix du papier journal en Espagne de 1898 à 1936 », *Bulletin hispanique*, tomo 95, n.º 1, enero-junio 1995, pág.º 265-282.

Las consecuencias de la Primera Guerra Mundial

Entre 1914 y 1921, La Papelera se vio afectada por la guerra y tuvo que reducir su producción, en 1917 y 1918, a causa de la falta de pastas. Se recuperó parcialmente, en 1919 y 1920, para desplomarse en 1921 por el exceso de la oferta. Esto se debió a la aparición de nuevas técnicas de fabricación y a las remesas de papel alemán en régimen de *dumping*.

El 15 de enero de 1914, los fabricantes de papel firmaron unos acuerdos que consistían en cumplir el descanso dominical para reducir la producción y crear una central de ventas. La Central Papelera, presidida por el propio Nicolás María de Urgoiti, reservó a La Papelera las dos terceras partes del consumo, provocando el cierre concertado de algunas fábricas que fueron indemnizadas. Las fábricas se comprometían a no admitir pedidos fuera de las condiciones de precio fijados por cada clase de papel. Fueron trece las fábricas que se sumaron a La Papelera. También se llegó a un acuerdo con el conde de Godó, el director de *La Vanguardia* de Barcelona, que poseía una fábrica de papel, según el cual se comprometía a no fabricar más papel que el que necesitaba y a no venderlo a los demás diarios.

Urgoiti aprovechó las circunstancias, con el apoyo del marqués de Urquijo, para dotar a La Papelera de edificios propios tanto en Bilbao, en Barcelona como en Madrid, en la calle Florida, donde se trasladó con su familia y dispuso de un despacho de director general¹³. La muerte del marqués y la nueva actitud de sus herederos incitaron a Urgoiti a proceder, en agosto de 1915, a una ampliación del capital de La Papelera, para consolidar su deuda, emitiendo 4.000.000 de acciones preferentes¹⁴. Lo cual le permitió saldar su colaboración con el Banco Urquijo a principios de 1916.

Pero la industria papelera se vio afectada por la guerra. Subieron los precios de las materias primas y se triplicaron los de los fletes, lo cual, unido al bloqueo económico impuesto por los Aliados a Alemania y la apertura por ésta de la guerra submarina, dificultó el abastecimiento. La neutralidad española permitió exportar cantidades de papel a precios inauditos. Éstas se multiplicaron por ocho entre 1913 y 1916 mientras las importaciones caían un 60 por 100. A partir de 1917 se prohibieron las exportaciones para evitar el desabastecimiento y la carestía del mercado interior¹⁵.

13. Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1868-1951)*, Madrid, Alianza editorial, 1994, pág. 79.

14. Esta emisión fue asegurada por el Banco de Bilbao, la Caja de Ahorros de Bilbao, el Banco del Comercio, el Banco de San Sebastián y por el conde de Aresti, Manuel Rodríguez Acosta, Enrique Gosálvez, Serapio Huici, Nicolás María de Urgoiti, etc. (circular de La Papelera a los accionistas en agosto de 1915, carta a los Urquijo, 15-VIII-1915, Archivo Urgoiti, *apud* M. Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1868-1951)*, *op. cit.*, pág. 81, nota 5.

15. Salvador Canals, « La industria del papel », *Nuestro Tiempo*, abril de 1924, pág.^s 5-42.

Finalmente La Papelera conoció un período de gran expansión, a partir de 1922 –cuando el nuevo arancel proteccionista y la caída de los precios de la pasta estimularon la oferta de papel autóctono– con una producción que pasó de 39.509 toneladas en 1922 a 66.964 en 1935. Este resultado es fruto de una implantación de las fábricas en los lugares de mayor consumo (planta del Prat de Llobregat, destinada a satisfacer las necesidades de papel prensa y cartones de la vecina Barcelona).

El encarecimiento del precio del papel

Pero la inflación engendrada por la guerra (los precios del papel se multiplicaron por 3,5 durante este período: de un promedio de 42,06 pesetas por 100 kilos en junio de 1914, éste alcanzó 145,27 pesetas por 100 kilos en diciembre de 1918) no hizo más que agravar, en el sector de la prensa, un problema que no habían logrado resolver ni los fabricantes de papel ni los directores de periódicos, víctimas de un círculo vicioso: para poder reducir el precio del papel, aquéllos necesitaban amplias tiradas, que éstos no lograban alcanzar a causa del precio elevado del papel, pero también porque hubieran tenido que conquistar un público más numeroso. El aumento del precio de coste de los diarios, debido en particular al del papel, valorado en un 80 por 100 entre 1913 y 1916¹⁶, distaba mucho de verse compensado por el crecimiento de las tiradas engendrado por la guerra.

La Central Papelera trató de reducir el aumento de los precios del papel de periódicos proponiendo en vano a los fabricantes de papeles finos y entrefinos que compartieran con ella las pérdidas. Se llegó a un acuerdo mediante la designación de un árbitro por el Gobierno, admitido por ambas partes. La Central aceptaba, mientras durara la guerra, no proceder a ningún aumento de precio superior al fijado por el árbitro (el primer aumento fue de 16,57 pesetas por 100 kilos; era superior a la estimación de los papeleros: 14,35 pesetas). Prometió, por otra parte, a los periódicos que contrataran un suministro por varios años, hacerse cargo del 35 por 100 de dicha subida y, además, que el precio máximo del papel no superaría nunca en más de ocho pesetas el precio del papel extranjero. Más de ochenta periódicos aceptaron la oferta¹⁷.

La guerra y la crisis del papel tuvieron primero como consecuencia una baja de la producción y los obreros del libro conocieron el paro. Para reducirlo, los organismos oficiales aumentaron sus pedidos. Así fue cómo reeditaron numerosos volúmenes agotados del *Diario de Sesiones* de las Cortes¹⁸.

16. Juan Velarde Fuertes, *Sobre la decadencia económica de España*, 2.^a parte, capítulo 17, « Consideraciones sobre algunas actividades monopolísticas en el mercado papelero español », Madrid, Tecnos, 1967.

17. Central Papelera, « La guerra europea y el papel para periódicos », Madrid 1916, Archivo Urgoiti.

18. Juan José Morato, *Historia de la Asociación General del Arte de Imprimir*, Madrid, s.e., 1925, pág. 405.

En 1914, la Asociación General del Arte de Imprimir propuso en vano que se prohibiera exportar papel¹⁹. Luego, como las demás industrias, la industria gráfica se aprovechó de las repercusiones económicas del conflicto mundial. No obstante, el aumento del precio del papel moderó el entusiasmo de las revistas más dinámicas, como *España*, cuyo director, Luis Araquistáin, tuvo que renunciar a fundar una editorial²⁰. Pero *España* no quería aceptar ninguna ayuda gubernamental. Y un aumento uniforme del precio de los diarios tenía el inconveniente de arruinar las pequeñas publicaciones.

*Al ABC por ejemplo – apunta la redacción de la revista España – le conviene que todos los periódicos se vendan a 10 céntimos, porque su público es el más capacitado económicamente para soportar el encarecimiento; pero no le conviene a El País, pongamos por caso, porque para gran número de sus lectores será insoportable un aumento de 5 céntimos. Dicho con más claridad: la proporción de lectores que perdería ABC vendiéndose todos los periódicos a 10 céntimos sería muy pequeña comparada con la que dejaría de comprar los restantes*²¹.

España decía estar dispuesta a admitir, aunque a regañadientes, la otra solución, que consistía en reducir el número de páginas de los diarios, confiando en el espíritu cívico del público: « Si la prensa es necesaria, el público la comprará sea cual fuere su dimensión ». Para *España*, en efecto, la solución preconizada por el Gobierno y por la mayoría de los directores de periódicos no estaba justificada porque, con la situación crítica que conocía el consumidor, la prensa no podía beneficiarse de ningún tratamiento de favor. Según la revista, mejor fuera que el Estado asumiera sus responsabilidades²². Parecía un desatino, en efecto, que el Estado hiciera pagar al contribuyente un aumento que sólo debía afectar al consumidor²³. Y *España* no dudaba, unos meses antes, en reproducir la apología de la economía liberal hecha por Emilio Zurano, en el *Círculo de la Unión Mercantil e Industrial de Madrid*:

19. *Ibid.*, pág. 406.

20. Cartas a Miguel de Unamuno de 11-I-1917 (« Ya le indiqué que la enorme carestía del papel había reafrenado nuestro entusiasmo editorial del primer momento ») y de 25-I-1918 (« La enorme carestía del papel ha dejado en suspenso, por ahora, nuestros proyectos editoriales »), María Dolores Gómez Molleda (ed.), *El socialismo español y los intelectuales. Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1980, pág. 479 y pág. 486.

21. « El papel y los periódicos. Cepos quedos con el Estado », *España*, n.º 84, 31-VIII-1916.

22. « Sería mejor, de adoptarse esa solución, ceder al Estado en acciones de las respectivas empresas un equivalente a lo que abone a La Papelera por cada uno de ellos. Nosotros somos partidarios de que se nacionalicen, aunque sólo sea parcialmente, las empresas particulares, incluso las periodísticas; lo inaceptable es que se particularice el Estado en beneficio de unos cuantos industriales » (*ibid.*).

23. « El papel, los periódicos y los gobiernos », *España*, n.º 90, 13-X-1916.

Luchando contra la competencia y con el mercado, se fortalece la industria y mejoran los productos; el favor y la protección enerva y entumece las energías. ¿Por qué cargar al presupuesto nacional los resultados de estos momentos difíciles para los periódicos como para todo? No hay más que esto: o se salvan con el trabajo o se esperan tiempos mejores.

El monopolio de La Papelera

La empresa de Nicolás María de Urgoiti, La Papelera, que había constituido, en 1908, con otros fabricantes, un cartel, la Federación de Fabricantes de Papel de España, dominaba el mercado puesto que abastecía a más de 100 diarios. Nicolás María de Urgoiti no dudó en aleccionar a los directores de periódicos que hacían campaña contra el arancel. Quiso demostrarles en su discurso titulado, « La prensa diaria en su aspecto económico », pronunciado en el *Ateneo* de Madrid ²⁴, el 7 de diciembre de 1915, que las dificultades de la prensa las acarreaba, en realidad, el aumento del consumo de papel (la superficie de ciertos diarios había crecido más de un 50 por 100 desde finales del siglo anterior, en el caso de *El Imparcial* o de *La Correspondencia de España*, e incluso de un 100 por 100 en lo que al *El Liberal* se refiere cuando se publicaba con el suplemento) y no del encarecimiento de éste, cuyo precio había pasado de 75 céntimos por kilo, en 1890, a un poco más de 30 céntimos en 1913, para alcanzar 58 céntimos en 1916 (pero superaría los 160 céntimos en 1920).

Años	Precios reales (p. ^{ts} /100 kg)	Índice
1913	31,42	100
1914	30,40	94
1915	30,40	94
1916	58,23	180
1920	160,00	509

Evolución del precio del papel 1913-1920 ²⁵

Después de una breve historia de la evolución de la prensa europea, Urgoiti les sugería a los directores de periódicos mejorar su gestión, gastar menos papel, dotar sus publicaciones de mayor contenido y, sobre todo, presionar a los intermediarios para obtener una reducción de los precios, puesto que les reprochaba el haber realizado beneficios de un 40 por 100

24. Nicolás María de Urgoiti, « La prensa diaria en su aspecto económico », discurso pronunciado en el Ateneo de Madrid, el día 7 de diciembre de 1915 », Madrid, s.e., s.f.

25. Fuente: *Anuario Estadístico*, 1921, Madrid, 1922, pág. 461.

sobre la venta de los diarios. Y concluía haciendo hincapié en la necesidad de « regular la ganancia del intermediario, organizándolo y evitando quizás el fomento, siquiera involuntario, de la golfería y de la prostitución »²⁶. Reducir en una cuarta parte la comisión embolsada por éste representaría para los diarios un ahorro de más de 2.000.000 de pesetas. Por otra parte, los diarios eran incapaces de utilizar la publicidad en función de la tirada. Urgoiti sugería pues otras tantas maneras que deberían permitir a los periódicos aumentar la retribución de los periodistas y mejorar la calidad de los diarios.

Pero mientras disminuía la producción un 25 por 100 (alcanzaba 40.199 toneladas en 1916 y bajaba a 29.627 en 1918 y 30.695 en 1919) los beneficios de La Papelera crecieron un 400 por 100 (pasando de 1.711.650 pesetas en 1914 a 2.720.263 pesetas en 1917 y 4.664.256 pesetas en 1919)²⁷. Estos beneficios considerables permitieron a La Papelera recuperar parte de sus inversiones, sin abrirle sin embargo a esta empresa ultramoderna el acceso a un mercado otro que el bastante reducido de un país todavía poco industrializado. Si hasta 1915 sólo había repartido un dividendo de un 2 o 3 por 100, dio en 1916 un 5 por 100, un 6 por 100 en 1917, un 8 por 100 en 1918, y en 1919 y 1920 un 10 por 100²⁸.

Los consumidores y los directores de periódicos atribuyeron la inflación y la acumulación de beneficios a la protección arancelaria y a la situación de monopolio del sector. La principal consecuencia de este proceso había sido la desaparición de la prensa artesanal.

El anticipo reintegrable

Los directores de periódicos apelaron directamente al presidente del Gobierno, el conde de Romanones, para obtener una rebaja arancelaria. Después de haberse entrevistado con Urgoiti, Romanones prometió ayudas para los fletes y el franqueo pero no cedió en cuanto al arancel. Sin embargo, los precios siguieron subiendo a lo largo de 1916, hasta tal punto que el director de *ABC*, Torcuato Luca de Tena, y Miguel Moya, presidente de la Asociación Profesional de la Prensa, fueron a ver de nuevo al presidente del Gobierno para encontrar otra solución que el contrato firmado con la Central Papelera. En septiembre pidieron abiertamente una ayuda del Estado, explicando que el aumento del precio del papel provocado por la guerra abocaba numerosos diarios a la quiebra.

Para resolver esta situación, sin vulnerar los intereses de los fabricantes de papel, Romanones concibió, de acuerdo con los directores de los periódicos, el sistema del « anticipo reintegrable », con el real decreto de 19 de octubre

26. *Ibid.*, pág. 31.

27. *Anuario financiero y de sociedades anónimas*, 1921, Madrid, 1922, pág. 320.

28. *Ibid.*

de 1916, que disponía que el Estado consentía a los fabricantes de papel un adelanto que les permitiera seguir vendiendo el papel al precio de 1914. Estos lo reembolsarían cobrando un impuesto de cinco céntimos por kilo de papel vendido. Pronto la Central Papelera se convirtió en depositaria de las cantidades anticipadas. Se acusó también a los diarios de vivir a expensas de las editoriales, que no recibían ninguna ayuda y tenían que pagar el papel al precio fuerte²⁹, excepto, obvio era, la sociedad CALPE, ligada al *trust*.

En cuanto se abrió la sesión parlamentaria, el 27 de septiembre de 1916, el diputado conservador Juan de la Cierva criticó inmediatamente al ministro de Hacienda, Santiago Alba, a quien acusó de favorecer prácticas no competitivas sancionadas por el artículo 557 del Código Penal, porque, en vez de abrir las fronteras para que entrase el papel o de dar bonos de exportación para el libro, mantenían la protección para la industria papelera³⁰. Ésta, que había multiplicado por diez sus exportaciones mientras dejaba sin satisfacer a la demanda interior, iba a recibir, además, una ayuda estatal. Romanones contestó que el Gobierno no había hecho más que comprobar una situación: la casi totalidad de los periódicos eran clientes de La Papelera y se había puesto de acuerdo con ella para instaurar tal sistema³¹. En cuanto al ministro de Hacienda, Santiago Alba, explicó que resultaba más económico centralizar el cobro del anticipo en la Central Papelera. Y que si no se permitía a la Central encontrar una compensación a la escasez del mercado nacional en los mercados exteriores, el precio del papel crecería todavía más.

Sin embargo, unos meses más tarde se prohibieron las exportaciones de papel. Y los papeleros decidieron reducir la producción porque tenían dificultades para adquirir materias primas, y transportarlas, y no podían constituir un *stock* que correspondiera al consumo de papel de medio año (veinte o treinta mil toneladas). Esta medida se interpretó como una respuesta a la prohibición de las exportaciones. Los periódicos protestaron. *El Debate* afirmó que la Papelera Española « empresa truster y cuasi monopolizadora » era un ejemplo de la incapacidad de los empresarios españoles, puesto que no había sabido prever el desabastecimiento a que se había llegado³².

Tal sistema, confirmado por medidas adoptadas en julio de 1917 y marzo de 1918, que parecía satisfacer al menos a los interesados, fue denostado por algunos políticos y por ciertos diarios. Urgoiti, que había firmado este

29. Discurso de Juan de la Cierva, *Diario de sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados*, n.º 75, 27-X-1916, pág. 215). Juan de La Cierva vuelve sobre este asunto y sus relaciones con Urgoiti, en sus memorias, cuando le ayudó a encontrar un arreglo en su litigio con los principales propietarios de *El Sol* en 1930 (*Notas de mi vida*, Madrid, Instituto editorial Reus, 1955, pág. 105).

30. *Diario de sesiones de Cortes. Congreso de los Diputados*, n.º 75, 27-X-1916, pág. 2157.

31. *Ibid.*, pág. 2203.

32. Ramón de Alascoaga, « La centralización industrial. El caso de La Papelera », *El Debate*, 19-V-1917.

acuerdo en nombre de la Central Papelera, intentó convencer a Torcuato Luca de Tena de que la ayuda del Estado no era la mejor solución. Quiso hacer constar luego que el anticipo se hacía a los periódicos y no a la Central Papelera, pero sus propósitos disgustaron a los directores de periódicos³³.

Las razones aducidas por los periódicos que rehusaban el anticipo reintegrable eran de orden económico y moral, excepto *La Vanguardia*, que disponía de su propia fábrica de papel y podía mantenerse apartada de dicho sistema. Quienes combatían la política del Gobierno y atacaban al mismo régimen querían guardar su independencia. *España* prefirió seguir el ejemplo del *Times*, aumentando su precio cada vez que fuera necesario. Éste pasó pues de 10 a 15 céntimos en marzo de 1917, y de 15 a 20 céntimos en junio de 1917³⁴.

Considerada antieconómica y antisocial, esta medida proteccionista se critica también porque vulnera la independencia de los diarios: « lo peor es que con esa medida – apunta la redacción de *El Socialista* – la prensa se entrega atada de pies y manos a los poderes públicos. La independencia de juicio, la libre crítica quedará aherrojada por el temor de que el Gobierno suspenda sus favores »³⁵. *El Socialista* aprueba la actitud de *España* y se vanagloria de no tener que manifestar una servil gratitud, a pesar de las acusaciones de *ABC*, que asemeja la ayuda a los parados de 10.000 pesetas, que distribuye el ayuntamiento de Madrid a las asociaciones obreras, a una subvención al periódico³⁶. Se verá obligado, sin embargo, a reducir, en noviembre de 1917, el número de sus páginas³⁷, lo mismo que *El Liberal* en agosto del mismo año, y luego la mayoría de los diarios³⁸, y acabará con una deuda de 50.000 pesetas a favor La Papelera³⁹. Finalmente, 234 diarios sobre 256 se aprovecharon de este sistema que no permitió sin embargo retrasar el aumento de su precio de venta ni la reducción del número de sus páginas (excepto, en este último caso, el diario *El Sol*).

33. Nota manuscrita del 26-IX-1916. Archivo Urgoiti, *apud* Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1868-1951)*, *op. cit.* p. 94.

34. « La crisis del papel. El ejemplo del *Times* », *España*, n.º 110, 1-III-1917, pág. 7. La redacción justificaba su actitud en los números precedentes (n.º 108, 18-II-1917 y n.º 109, 25-II-1917, pág. 4). La cita que viene a continuación se extrae de este último: « Una vez más hemos de repetir que no pareciéndonos justo ningún auxilio oficial en un problema que pueden resolver fácilmente sus dos partes principales, a saber los periódicos y el público, sin recurrir hospicianamente al Estado, teníamos que buscar una de las únicas soluciones lógicas: o la reducción de páginas o el aumento de precio. La primera nos ha parecido la más desacertada. Las páginas de *España* no bastan ya para dedicar la atención debida a las diversas cuestiones de política, literatura, arte, enseñanza, economía, etc. que forman hoy el tejido vivo de la existencia de un pueblo... ».

35. *El Socialista*, 28-II-1917.

36. *El Socialista*, 18-II-1917.

37. « El elevadísimo precio del papel y el no admitir dinero del Gobierno para salvar esa dificultad nos obliga a dar solamente dos planas » (*El Socialista*, 9-XI-1917).

38. *El Liberal*, 3-VIII-1917.

39. *ABC*, 27-VI-1920.

Esta situación consagraba el monopolio de La Papelera, porque pronto fue evidente que este préstamo, que superó los 60.000.000 de pesetas en 1918, no se reembolsaría nunca integralmente y no era más que una ayuda disfrazada a los fabricantes de papel –quienes habían aumentado sus precios bajo el efecto del monopolio del que gozaban– y, por consiguiente, una subvención a la prensa⁴⁰. La cuestión saltaba constantemente a la primera plana de los diarios, en particular cada año a la hora de otorgarse dicho crédito⁴¹.

El conflicto fue inmediato en cuanto la Central Papelera empezó a cobrar los primeros anticipos: los periódicos quisieron mantener el descuento del 35 por 100 ofrecido por ésta para los contratos suscritos en febrero de 1916, mientras la Central pretendía que quedaban anulados por el sistema del anticipo reintegrable. En cualquier caso, se pedía a los periódicos que optaran por una u otra solución⁴². Casi todos los periódicos, con la excepción de *El Socialista*, optaron por el anticipo reintegrable.

La oposición de los directores de periódicos

La polémica se recrudeció unos meses más tarde, cuando Urgoiti fundó un nuevo periódico madrileño, *El Sol*, que se vendió al precio de 10 céntimos, el doble que los demás diarios, y condenó la práctica del anticipo reintegrable, que mermaba sus proyectos expansionistas. Por otra parte, *ABC* quería llevar a cabo una campaña para denunciar el comportamiento monopolístico de La Papelera y pedir el aumento del precio de venta de los diarios, lo que no quería *El Sol*.

Nueva intervención del Estado

Esta campaña que llevó a cabo *ABC*, en enero y febrero de 1918⁴³, no se interrumpió hasta que el Gobierno Dato amenazó con suprimir los derechos arancelarios⁴⁴ y obligó, el 13 de junio 1920, con reales órdenes, todos los diarios a limitar la cantidad de papel que empleaban y a aumentar su precio de venta hasta 10, 15, 20 o incluso 25 céntimos según la superficie impresa y según una clasificación que parecía haberse concebido para oponerse a los progresos de la prensa controlada por La Papelera y en particular de *El Sol*, que ofrecía una paginación muy superior (16 páginas) a la

40. « El papel, los periódicos y el Gobierno », *España*, n.º 90, 13-X-1916 (« Somos pues de los que interpretan este arreglo como una subvención y no como un anticipo »).

41. Véase, por ejemplo, « La cuestión del papel en el Parlamento », *El Liberal*, 10-II-1917.

42. Circular de la Central Papelera a los directores de periódicos, 12-III-1917. Archivo Urgoiti.

43. Se tituló « De interés periodístico, los necesarios diez céntimos ». Véase Juan Velarde Fuertes, *Sobre la decadencia económica de España*, op. cit., pág.^s 225-226.

44. « Lucha de periódicos », *España*, n.º 276, 14-VIII-1920.

de la mayoría de los demás diarios (entre 4 y 8 páginas) con la excepción de *ABC* que alcanzaba las 24 páginas. A finales de febrero de 1921, *El Sol* redujo su precio de 20 a 15 céntimos, disminuyó su tamaño y suprimió las suscripciones conjuntas con las revistas y libros de CALPE.

Urgoiti quiso convencer al ministro de Hacienda, Francisco Cambó, de la oportunidad de pedir en la Junta de Aranceles, de la que era vocal, que el régimen del papel de periódicos fuera sometido a una escala móvil. Mientras el papel español se vendiera a más de 61 pesetas por 100 kilos, el papel importado conforme al Real Decreto de 15 de julio de 1921 abonaría un derecho de 0,50 peseta. Cada vez que se redujera el precio en una peseta, se establecería un derecho arancelario equivalente a esta disminución, con un límite de 10 pesetas por 100 kilos⁴⁵. Urgoiti creía que la solución era la protección arancelaria, pero tampoco ignoraba que el haber mantenido precios tan elevados en el mercado había favorecido la importación de papeles extranjeros, lo que obligaba a La Papelera a parar algunas de sus máquinas. Urgoiti preconizaba el cierre de las fábricas, con una indemnización, hasta que se desarrollara de nuevo el consumo.

Los directores de periódicos no aceptaron estas propuestas, que se oponían a la libertad de importación decretada en julio. *Vida Nueva* afirmó que el triunfo de las tesis de Urgoiti implicaría el fin de la etapa de « liberación de la prensa de la tiranía » de los papeleros que habían anunciado los decretos de marzo y julio de 1921. Le reprochaba a Urgoiti querer desarrollar CALPE a costa del precio del papel para las revistas y casas editoriales, de la misma manera que había desarrollado *El Sol* gracias al control del arancel para el papel de periódico⁴⁶. Pero *Vida Nueva* iba más lejos, revelando la índole de la enfermedad que había alejado a Urgoiti de la vida pública y exigía se le incapacitara de nuevo⁴⁷. Urgoiti había hecho aprobar sus propuestas, pero se mantuvieron los reales decretos de marzo y julio que anulaban los efectos de éstas y los directores de periódicos habían logrado mantener la libertad de importación de papel. Un Real Decreto de 12 de mayo de 1922 extendió la liberalización al papel utilizado para la impresión de libros.

La reacción de Urgoiti

La situación financiera de La Papelera era delicada, a consecuencia de las deudas que algunas filiales habían contraído con ella⁴⁸. Cuando regresó

45. Copia de la moción presentada por Urgoiti a la Junta de Aranceles, enviada por éste a Antonio Maura el 25-XI-1921 (Archivo Maura, legajo 107), *apud* Mercedes Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1868-1951)*, *op. cit.*, pág. 173.

46. « La Papelera y nosotros », *Vida Nueva*, 5-XII-1921; « La revista y el libro condenados a muerte », *Vida Nueva*, 7-XII-1921; « El modo de competir de los productores de papel », *Vida Nueva*, 10-XII-1921.

47. « La cuestión del papel », *Vida Nueva*, 12-XII-1921.

48. Manuscrito de la carta enviada por Urgoiti al conde de Aresti, 1-IX-1921, Archivo Urgoiti, *apud* M. Cabrera, *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti (1868-1951)*, *op.*

al mundo de los negocios después de la fuerte depresión que sufrió a principios de 1921, Urgoiti, que consideraba que su vida y sus intereses estaban « íntimamente ligados » a la industria papelera, se dio cuenta de que la deuda de *El Sol* era mucho mayor de lo que suponía: 6.000.000 de pesetas, y de que la de CALPE alcanzaba 1.000.000. De nuevo a la cabeza de La Papelera, tuvo que enfrentar la grave crisis económica que conocía el País Vasco. Ésta provocó el paro de entre un 33 y 60 por 100 de la población laboral y acarreó en las fábricas de La Papelera una reducción de la jornada laboral a tres días y una disminución de los salarios de un 10 por 100 a cambio del restablecimiento de la semana laboral completa ⁴⁹.

Urgoiti quiso adaptar La Papelera a la nueva situación y decidió separar La Papelera y *El Sol*. Pero también tenía que hacer frente a las deudas de CALPE. Con el fin de abordar esta cuestión delante del consejo de administración, en marzo de 1923, redactó una amplia memoria ⁵⁰. La conflictividad social en Cataluña había obligado a renunciar al proyecto de construir unos talleres en Barcelona para trasladarlos a Madrid, donde se inauguraron en 1922. Mientras tanto fue necesario alquilar otros para imprimir los libros. Los métodos comerciales de Urgoiti, que tendían a ampliar las tiradas de los libros y revistas mediante la publicación en *El Sol* de anuncios, reseñas, en las páginas culturales, o suscripciones combinadas con la revista *Nuevo Mundo*, suscitaban las críticas de toda la prensa que las consideraba competencia desleal a causa de las relaciones que existían entre La Papelera, *El Sol*, Prensa Gráfica y CALPE. La publicidad por el libro y su exposición en las librerías no era todavía una práctica común cuando Urgoiti creó la Casa del Libro, construyendo todo un edificio de nueve pisos en la avenida de Pi y Margall, el segundo tramo de la Gran Vía madrileña, donde se habían implantado bancos y sedes de grandes empresas. La librería ocuparía dos sótanos y la planta baja, las oficinas los dos primeros pisos; los demás se destinaban al alquiler. Las obras se acabaron a finales de 1922. El acierto del proyecto no podía hacer olvidar la situación de CALPE, cuyo traslado a Madrid de la sede editorial complicaba las relaciones con la sucursal catalana. Por otra parte, algunas colecciones se vendían mal.

Con su viaje a la América del Sur, Urgoiti había penetrado un nuevo mercado y unía ahora a su imagen de papelerero y de hombre de prensa la de un editor, defensor de la cultura hispánica. Pero los libros eran caros en España y el mercado nacional seguía siendo estrecho. Urgoiti explicaba la crisis del libro por los márgenes abusivos de los libreros. Las tiradas no

cit., pág. 168.

49. Juan Pablo Fusi, *Política obrera en el País Vasco (1880-1923)*, Madrid, Turner, 1975, pág. 446.

50. «Memoria que presenta al Consejo de Administración de “La Papelera Española” su Director General », Madrid, marzo de 1923, ejemplar mecanografiado (Archivo Urgoiti).

superaban los 8.000 ejemplares porque ninguna empresa se arriesgaba a inmovilizar capital con tiradas mayores.

En septiembre, después del golpe de Primo de Rivera, el consejo de administración propuso independizar a las filiales y eliminar los millones improductivos, disminuyendo el capital de la compañía. Los que, como el conde de Aresti, el presidente del consejo de administración, respaldaban la política de Urgoiti, criticaban el tono de *El Sol* que, a su parecer, había dejado de ser un diario sereno y neutral. Pero no querían deshacerse de él antes de que hubiera saldado su deuda, obligándole a renunciar al reparto de dividendos para dedicar todos sus beneficios al reembolso de la deuda y aconsejándole no emitir ningún juicio que pudiera hacerlo considerar como « un órgano más del socialismo » y cuidar de no desprestigiar a la religión ⁵¹. Las delicadas relaciones con La Papelera obligaban a Urgoiti a observar una mayor prudencia en la línea editorial del diario, que explica que acogiera con benevolencia la Dictadura de Primo de Rivera, sumándose a la condena del viejo régimen y aprobando su primer programa, que prometía ser tan contundente como breve.

La difícil situación de La Papelera

Los papeleros habían aprobado la Dictadura con tal que ésta anulara los reales decretos de 1921 que permitían la libre importación de papel. Pero *ABC*, que defendía la libre importación de papel, volvía a explicar que la industria papelera española estaba atrasada por ser la más protegida de Europa, y que La Papelera se había aprovechado del dinero que el Estado había gastado en el anticipo reintegrable. El diario aconsejaba a los accionistas de ésta que averiguasen las cuentas de la compañía ⁵². A fines de 1923, Urgoiti quiso contestar a las calumnias de Torcuato Luca de Tena, pero *ABC* no publicó su respuesta. Urgoiti pidió al Dictador que se nombrara una comisión investigadora, pero también se respetara la ley de imprenta y se obligara a *ABC* a publicarla y que se levantara la inmunidad de que gozaba Luca de Tena como senador vitalicio ⁵³. Al ser desatendido, Urgoiti rompió con la Dictadura. Para luchar contra la influencia de Luca de Tena, pidió una audiencia al rey, el 16 de febrero de 1924, que resultó ser poco fructífera. Pero este enfrentamiento con *ABC* complicó el trato de Urgoiti con el consejo de administración de La Papelera, aunque el conde de Aresti, presidente de éste, intentó suavizar las relaciones ⁵⁴.

51. *Ibid.* Libro de Actas, 3, 134, 21-IX-1923, pág. 50.

52. *ABC*, 24-II-1922, 27 y 30-X-1923.

53. Copia mecanografiada de la carta de Urgoiti a Luca de Tena de 22-XI-1923 y resumen de la entrevista con el marqués de Magaz, vicepresidente del Gobierno y carta a éste del 23-XI-1923 (Archivo Urgoiti).

54. La Papelera española, Libro de Actas, 3, 136, reunión del 19-XII-1923, pág.^s 233-236, y 3, 137, reunión de 26-I-1924, pág. 250.

La situación económica de La Papelera aún había empeorado. Debía 3.000.000 pesetas al Banco de Bilbao, había prometido 1.000.000 a la editorial CALPE, a la que había concedido además un aval de 1.500.000, y tenía que repartir el dividendo acordado de 2.200.000 pesetas. Hasta tal punto que el conde de Aresti obtuvo que se suprimiera aquel año el reparto del dividendo (cuando la compañía arrojaba un saldo de 4.000.000 de beneficios), lo cual, al hacer públicas las dificultades de la compañía, sólo podía reforzar la petición reiterada de protección arancelaria. A principios de 1924, Urgoiti seguía temiendo las consecuencias del bajo precio del papel que no incitaba las fábricas españolas a aumentar su producción y podía entregar el mercado a los fabricantes extranjeros. Mientras tanto, le tocaba a La Papelera hacerse cargo de la producción del papel para los periódicos, que era más costosa. El consejo propuso también, el 9 de abril de 1924, acabar con las deudas de El Sol, CA, haciéndose propietaria de los edificios de la calle Larra (valorados en 500.000 pesetas) y decidiendo asimismo que en cuanto éstas quedasen reducidas a 360.000 pesetas se saldarían mediante la entrega a La Papelera de las 386 acciones de El Sol, CA que aun quedaban en depósito. Estas medidas provocaron la dimisión de Virgilio Sagüés, que reiteró su disconformidad con la política llevada a cabo por la compañía desde 1917. Urgoiti recibió inmediatamente el apoyo del consejo de administración que le instó, sin embargo, a que vigilara la línea política del diario *El Sol*.

Las críticas de los directores de los demás periódicos no habían disminuido. A su parecer, la competencia era desleal, porque a lo largo de este período *El Sol* pudo comprar su papel a plazos a La Papelera, que sólo fue reembolsada mucho más tarde con acciones del diario. Eso explica que en 1931, en un momento de ajuste de cuentas, Urgoiti fuera acusado por sus competidores de haber hecho beneficios extraordinarios durante la Primera Guerra Mundial⁵⁵. Pero el diario y el mismo Urgoiti acabaron siendo víctimas de tal sistema puesto que éste perdió el control de *El Sol* cuando los accionistas monárquicos mayoritarios impusieron a la redacción, en marzo de 1931, una nueva línea más conforme con su ideología.

Los enemigos de Urgoiti apuntan que La Papelera, protegida por los aranceles de 1911, pudo haber ganado, durante la guerra, más de 100.000.000 de pesetas, porque importaba papel desde Noruega, por 75 pesetas los 100 kg, que vendía luego más del doble a los periódicos españoles⁵⁶. Cuando hubo afianzado su situación monopolística que le aseguraba el control del conjunto de la prensa y el privilegio de fijar el precio del papel, Urgoiti, con su campaña contra el principio del anticipo reintegrable, amenazaba a los demás periódicos que no podían prescindir de dicha ayuda para hacer

55. « ¿Fundará Urgoiti un diario republicano? », *La Tierra*, 29-I-1931.

56. « El ilegal "trust" del papel. Periódico y libro amenazados de muerte », *Vida Nueva*, 24-II-1922.

frente al aumento del precio del papel. Por eso le acusaron éstos de tener un comportamiento discriminatorio para con ellos, denunciando una competencia ilícita y una práctica maquiavélica.

Reunidos los días 25 y 26 de enero de 1921, los directores de los diarios madrileños deciden por unanimidad reducir a unos 6.500 cm² el tamaño de los diarios vendidos 10 céntimos, aumentando proporcionalmente a 15, 20 y 25 céntimos el precio de los que alcanzan o superan los 13.000 o 25.000 cm². *La Libertad*, nacida el 13 de diciembre de 1919 de una escisión de la redacción de *El Liberal*⁵⁷, recuerda que rehusó el sistema del anticipo reintegrable y manifiesta su desacuerdo y su voluntad de mantener el precio y el formato actuales. Protesta cuando se entera de que los directores de los demás periódicos quieren que su acuerdo se traduzca por un decreto, puesto que se aplicó de modo muy desigual el precedente decreto del mes de junio de 1920, pero también porque no acepta ninguna intervención gubernamental en este ámbito⁵⁸. *ABC* procura reunir a todos los directores de los diarios de provincias contra La Papelera. Pero el papel satinado utilizado por *ABC* es más caro. Y *La Voz de Galicia* le acusa de querer ejercer un monopolio tan condenable como el que pretende denunciar.

Se sospecha sobre todo que Urgoiti tiene ambiciones desmedidas y sin duda un proyecto político: « Siguió monopolizando el papel y adelantando cada vez más en el criminal proyecto de monopolizar también la intelectualidad y la opinión de toda España », apunta la redacción de *Vida Nueva*⁵⁹, que hace coro, en febrero de 1922, con un centenar de directores de periódicos reunidos en torno al de *ABC*, Torcuato Luca de Tena. Mandan una petición a Antonio Maura⁶⁰, para que se aplique el decreto de 15 julio de 1921, que instituía un comité destinado a comprobar que el papel vendido a los diarios les estaba realmente destinado. El artículo 2.º de este decreto permitía a los diarios importar papel y obligaba los fabricantes españoles a vender dicho papel con un aumento de 5 pesetas por 100 kilos, de 10 pesetas para el papel satinado y de 15 pesetas para el papel glaseado⁶¹. Estos directores quieren sobre todo que se autorice la importación de papel con las mismas condiciones que la de pulpa de madera para regular el precio del papel a nivel internacional. Presentan esta cuestión

57. La sociedad editora *La Libertad* fue constituida por Eduardo Ortega y Gasset, Luis de Oteiza, Antonio de Lezama, Luis de Zulueta y Antonio Zozaya.

58. « El problema de los periódicos. Sobre una reunión habida y otra por haber », *La Libertad*, 30-I-1921.

59. « El ilegal "trust" del papel. Periódico y libro amenazados de muerte », *art. cit.*

60. La firmaban, Rufino Blanco, director de *El Universo*, Ricardo Gasset, director de *El Imparcial*, Antonio Sacristán, presidente de la Sociedad Editorial, Torcuato Luca de Tena, director de *ABC*, así como los directores de 104 periódicos y revistas (« Los aranceles y el papel. Más de cien diarios y revistas se dirigen al Presidente del Consejo protestando contra la actitud de La Papelera », *Vida Nueva*, 25-II-1922).

61. « El problema del papel », *La Libertad*, 27-III-1921, pág. 4.

como un problema nacional puesto que, a su parecer, este monopolio del trust del papel amenaza la libertad de la prensa ⁶².

Algunos periódicos, como *La Libertad* e *Informaciones*, pagaban el papel con mucho retraso. Un acuerdo que se extendió también a *ABC* preveía mayores descuentos a cambio de publicidad para la industria papelera. Por consiguiente, la mayoría de los contratos que unen a los diarios y La Papelera no les permiten criticar a aquélla, hasta indirectamente. Por ejemplo, *Nuevo Mundo*, que criticó el arancel, vio su contrato rescindido inmediatamente por Urgoiti, quien le exigió el pago anticipado del papel que había pedido, amenazándole, en caso de respuesta negativa, con tomar el control de su sociedad editora, *Prensa Gráfica*. Finalmente, José María Carretero, el director de *Nuevo Mundo*, vendió sus acciones por unas 480.000 pesetas, dimitió a los diez meses de asumir la dirección y volvió a la creación literaria, que consideraba más libre y más digna ⁶³.

No obstante, esta situación de monopolio de la que disfrutaba La Papelera estribaba en unas bases frágiles, porque sin la prensa ésta quebraría. Pasaría lo mismo si aquélla tuviera que reembolsar al Estado el adelanto que otorgó a los diarios con la ayuda de éste. A medio plazo el diario *El Sol* y *La Voz*, que no aceptaban el anticipo, fueron víctimas de esta situación. También *Prensa Española*, la sociedad editora del diario *ABC* y del semanario *Blanco y Negro*, seguía arrastrando una deuda de 12.000.000 de pesetas en 1932, cuando la deuda de los diarios rondaba los 80.000.000 de pesetas ⁶⁴. Pero cabe preguntarse qué hubiera pasado cuando el papel, en 1920, representó un 74 por 100 de las compras de periódicos como *ABC* y *Blanco y Negro* (en vez del 30,47 por 100 que le dedicaban en 1906 ⁶⁵) sin la ayuda del Estado que representaba un 75 por 100 de esta cantidad, manteniendo estos gastos al nivel del de los demás periódicos europeos. El anticipo les permitió a muchos diarios sobrevivir.

Consecuencias ideológicas de la industrialización de la prensa

Los directores de periódicos, que abogaban por una rebaja de los aranceles para hacer rentable la importación del papel, reprochaban a Urgoiti, quien no era periodista sino ingeniero, haber querido hacer de la prensa una industria y haber favorecido la inmixión del mundo de los negocios en la vida política. Acusaron a estos empresarios de haber transformado la prensa en una empresa capitalista, en una industria que adolece de dege-

62. « La Papelera Española quiere disfrazar su quiebra matando la independencia de la Prensa », *Vida Nueva*, 11-II-1922, pág. 5.

63. « Nuestras afirmaciones se cumplen. La Papelera se lanza sobre Prensa Gráfica », *Vida Nueva*, 10-II-1922.

64. Manuel Azaña, *Obras completas*, México, Oasis, 1968, vol. IV, pág.^s 406-407.

65. Francisco Iglesias, *Historia de una empresa periodística. Prensa española, editora de « ABC » y « Blanco y Negro » (1891-1978)*, Madrid, Prensa Española, 1980, pág.^s 67 y 129.

neración espiritual y se ve reducida a factores económicos que matan la libertad de expresión.

El periodista de profesión y de sentimiento, siempre dispuesto a anteponer un ideal romántico al de bienestar material, desapareció de España barrido por la Prensa racionalizada y que representaba el Señor Urgoiti. Consecuencia de esa Prensa sin ideales ha sido la Dictadura y el predominio de los elementos financieros en la vida política, la falta de ética en la política, la orgía de los negocios enseñoreándose del país. [...] Para el Señor Urgoiti el periódico es sólo una industria. Para nosotros el periódico es una fortaleza espiritual que tiene su parte industrial

podía leerse en los editoriales de *La Tierra* ⁶⁶, que expresaba su enojo de recién nacido de la prensa política y artesanal frente a un diario arrogante que había sido capaz de llevar su paginación de 12 a 14 y luego a 16 páginas.

Aunque no lamentaba la desaparición de la prensa de opinión, Araquistáin estaba convencido de que la sosería del contenido de los periódicos, denunciada por Pío Baroja ⁶⁷, era una consecuencia de la modernización de la prensa, el precio del progreso, de alguna manera. En un artículo titulado « El periódico industrial » ⁶⁸, expresaba la inquietud de algunos coetáneos frente a la transformación de la prensa y de la profesión de periodista por el capital:

La evolución de la prensa –apunta– ha seguido un doble proceso inverso: por una parte, ha experimentado un gigantesco desarrollo material; por otra, ha sufrido una lamentable degeneración espiritual.

Araquistáin se refiere con nostalgia a los tiempos de la prensa artesanal, cuando ésta era un medio de expresión y de comunicación al servicio de todos y no una industria que satisfaga las exigencias de una gestión moderna:

La invasión de la prensa por la gran industria va excluyendo de sus dominios a los hombres de móviles ideales. Hoy la prensa tiene por objeto el fin propio de toda producción industrial: la máxima utilidad económica.

66. « Los periódicos de empresa. *El Sol*, *La Voz* y el negocio de los atunes », *La Tierra*, 19-III-1931, pág. 8; « Quien a hierro mata a hierro muere. *El Sol* y *La Voz* en poder de sus accionistas monárquicos y católicos », *La Tierra*, 26-III-1931.

67. Pío Baroja, *Juventud, egolatría*. *Obras Completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1993, (1.ª ed. 1948), t. v, pág. 212.

68. Luis Araquistáin, « El periódico industrial », *España*, n.º 57, 24-II-1916, pág. 5.

Sugiere que hace todavía poco tiempo, cuando los capitalistas no se interesaban por ella, la prensa podía asemejarse a una de las bellas artes ⁶⁹. Pero Araquistáin teme ahora que la invasión de la prensa escrita, y –profetiza– hablada, por la publicidad, bajo el dominio del capitalismo, contribuya a una degeneración conjunta del arte y de los medios de información ⁷⁰. Pretende que de ahora en adelante la creación de un órgano de prensa ha llegado a ser para los nuevos industriales, tales como Torcuato Luca de Tena, una actividad económica como otra cualquiera (pero quizá no para Urgoiti, quien se arruinó finalmente por idealismo, después de haber creado un diario, en 1917, *El Sol* ⁷¹; una emisora de radio, en 1924, Unión Radio; y más tarde una empresa de producción de cine, Filmófono, y unos laboratorios farmacéuticos). Describe el mecanismo que incita a fundar un diario no para defender un ideal político sino para invertir algún dinero en función de unos factores económicos:

En la época moderna un capitalista considera la fundación de un periódico con la misma seriedad y solicitud que la explotación de una mina, el trazado de un ferrocarril, una traída de aguas o de otro negocio cualquiera. Un fabricante de jabón y agua de azahar, por ejemplo ⁷², quiere transformar su industria o invertir en otra el capital sobrante. Y se le ocurre fundar un diario ⁷³.

Como nuestro industrial es rico, puede atraer a los más prestigiosos colaboradores sin por ello dar cierta unidad o infundir una línea coherente a su diario. Incluso puede carecer de ambición periodística:

No sabe escribir, pero con su dinero adquirirá plumas que escribirán lo que él quiera. No sabe lo que es un periódico compuesto de gentes solidarizadas en una comunión ideal; pero conoce el modo de organizar y dirigir una fábrica y aplica este criterio autoritario y mecánico al funcionamiento de un periódico.

69. « Antaño la prensa pertenecía a un orden análogo al de las artes. No tentaba a los capitalistas, como todavía no les tienta la industrialización del arte de hacer versos o de pintar cuadros y de componer música » (*ibid.*).

70. « Yo no desespero de oír algún día una ópera o sinfonía compuesta para enaltecer cualquier jabón maravilloso o cualquier mágico específico contra el reuma » (*ibid.*).

71. Paul Aubert; Jean-Michel Desvois, « *El Sol*, un grand quotidien atypique (1917-1939) », in: Danièle Bussy Genevois (ed.), *Typologie de la presse hispanique*, Rennes, Presses de l'Université Rennes 2, 1986, pág.^s 97-107.

72. Alusión a Torcuato Luca de Tena, director de *ABC*, cuya familia poseía la fábrica de azahar La Giralda en Sevilla (Maximiano García Venero, *Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Osorio. Una vida al servicio de España*, Madrid, Editorial Prensa Española, 1961, pág. 7 y pág. 129).

73. « El periódico industrial », *art. cit.*

Y Araquistáin, siguiendo a Baroja, pero con la frialdad del profesional que da su testimonio sin hacerse ilusiones, retrata al director del periódico moderno: « No tiene idea alguna, es inculto, es trivial, es incapaz de ninguna elevación de espíritu; pero no importa: su función, como capitán de industria, se limita a ofrecer cada día al público lo que el público pide o vagamente desea; cumple a la perfección la ley de la oferta y de la demanda », antes de lamentar que tal modernización haya contribuido a la desaparición de la prensa de opinión en España ⁷⁴.

Además, es la misma libertad de la prensa la que está peligrando, porque como cualquier industria ésta aspira al monopolio. Por fin, la otra consecuencia de esta evolución que más temía Luis Araquistáin era la desaparición del verdadero periodista independiente y responsable: « Lo grave es que, mezclados con estos factores económicos, pueden desaparecer factores espirituales, o sea plumas independientes, críticas, indomables. El industrialismo periodístico tiende a matar al escritor libre ». Araquistáin, quien apoyó a Urgoiti, en mayo de 1924, en su lucha contra el consejo de administración de La Papelera ⁷⁵, atacaba al director de *ABC*, Torcuato Luca de Tena.

No es de extrañar que *La Tierra*, que aparecía como un superviviente entre los diarios de opinión, se alegre de las dificultades que encuentra Urgoiti:

Consecuencia de esta transformación ha sido la creación de unos diarios sin alma ni espíritu, atentos sólo al negocio administrativo. Se perdió la idealidad mirando al libro de caja. El director del periódico pasó a segunda fila para dar paso al cargo del gerente. El Sr. Urgoiti, primer financiero que ocupó dicho puesto, marcó la ruta a seguir a los periódicos de empresa a cuyo ocaso asistimos con júbilo los periodistas que un día nos vimos empujados por los hombres de negocio ⁷⁶.

De la mano de Urgoiti, el sector papelero se renovó, aumentó su producción y rebajó sus costes, pero nunca logró desprenderse del arancel ni conquistar mercados exteriores estables. Tampoco Urgoiti pudo evitar las acusaciones de constituir un monopolio abusivo ni, en el caso de La Papelera, de haber fundamentado sus iniciativas periodísticas y editoriales en una situación de privilegio, pero pretendió siempre que la industria papelera española había tenido un desarrollo comparable con el de sus homólogas extranjeras.

Lo que inicialmente apareció como una mera cuestión técnica acabó en ajuste de cuentas entre los fabricantes de papel y los directores de periódico.

74. *Ibid.*

75. Véase la carta de apoyo que le manda a Urgoiti, el 2-V-1924 (Archivo Urgoiti).

76. « El Sol y La Papelera », *La Tierra*, 10-I-1931.

dicos y entre éstos y los periodistas. Pero estas relaciones de la prensa con la técnica y el capital afectaron sobre todo a la libertad de la prensa casi tanto como la práctica de la censura. La industria, el desarrollo de la prensa, la política y la libertad de expresión no fueron siempre compatibles en un país que tuvo dificultades para adaptarse a los usos del mercado y de la democracia sin recurrir al intervencionismo estatal.